PERRY ANDERSON

A POSTERIORI

La crítica es el oxígeno de la autorreflexión para cualquier escritor, al igual que el tiempo pone a prueba el juicio intelectual y político. Intentaré decir algo respecto a ambos, al responder a este trío de evaluaciones, todas agudas, sobre *El Nuevo Viejo Mundo.* En primer lugar, respecto a su forma, acerca de la cual Philippe Schmitter expresa un cortés desconcierto. ¿Cómo debería clasificarse el libro? ¿Es suficientemente coherente como para admitir una clasificación concreta? Concluyendo que tal vez sería mejor incluirlo en la categoría de obras teóricas sobre la integración europea, Schmitter confiesa incomprensión respecto a por qué, en ese caso, el libro dedica tanto espacio a estudios sobre la historia reciente de Francia, Alemania, Italia, Chipre y Turquía[1]. Ciertamente tiene razón al decir que el movimiento de análisis de *El Nuevo Viejo Mundo,* que va de lo supranacional a lo nacional y nuevamente a lo supranacional, es más un *staccato* que un *legato.* Los diferentes niveles de investigación se yuxtaponen, en lugar de integrarse. A ese respecto, sin embargo, podría decirse que reflejan la disyuntiva entre los dos campos de la política europea en el periodo considerado, entre los que se vivía poca conexión, un abismo que ahora se está cerrando. Pero la pregunta de Schmitter puede seguir planteándose: ¿por qué, en una obra sobre la UE, descender del nivel de toda la Unión para abordar la evolución de países determinados?

La respuesta radica en los fines políticos del libro. La mayor parte de la bibliografía sobre la UE, como se señala en su prefacio, es altamente técnica, y disfruta de poco interés entre los no especialistas; asimismo, buena parte de ella es ideológicamente tan uniforme que asfixia, más que suscita, cualquier interés por la variedad de conflictos políticos y culturas de Europa. El resultado, reforzado por un conformismo generalizado de la opinión mediática, sigue siendo un sorprendente provincianismo intelectual, una falta de esfera pública genuinamente europea. Esto sólo se remediará cuando la curiosidad política pueda cruzar fronteras nacionales en un ir y venir natural como el que marcó la república de las letras continental en tiempos de Mon-

[1] A pesar de su objeción, basta echar un vistazo al libro de Schmitter titulado *How to Democratize the European Union… And Why bother?,* iconoclasta desde cualquier punto de vista, para indicar por qué califico la lógica de sus propias opiniones de radicalmente democrática.

tesquieu o Hume, incluso el de Curtius o Benda, por no hablar de sus versiones revolucionarias en Trostki o Gramsci. El objetivo de escribir sobre los países que constituyen el núcleo y sobre la «cuestión oriental» de la Unión, en el plano en el que la política conserva un significado mucho más popular que en la enrarecida maquinaria de Bruselas, era el de ofrecer un recordatorio, si bien reducido, de esta tradición.

A la introversión nacional le ha correspondido, en el mismo periodo, la autosatisfacción continental. Este era el segundo objetivo de *El Nuevo Viejo Mundo*. Si en el caso del primero, la intención crítica era performativa, en el del segundo difícilmente podría ser más demostrativa. El libro es un ataque sistemático contra el narcisismo europeo que alcanzó un *crescendo* en estos años: la afirmación de que la Unión ofrece un «parangón» –en la fórmula del fallecido Tony Judt, repetida por tantos otros pilares de la sabiduría europea– de desarrollo social y político para la humanidad en general. Desde 2010, las laceraciones de la Eurozona han dejado su propio comentario cruel sobre dichas vanidades. Pero ¿han desaparecido estas, a pesar de todo? En un ejemplo augusto, puede verse que sería prematuro creerlo así. Jürgen Habermas acaba de publicar otro libro sobre la UE, siguiendo ahora *Ach, Europa* (2008) con *Zur Verfassung Europas* (2011)[2]. Su elemento central, un ensayo titulado «La crisis de la Unión Europea a la luz de la constitucionalización del derecho internacional», ilustra muy bien los patrones de pensamiento indicados. En unas sesenta páginas, contiene en torno a cien referencias. Tres cuartas partes de ellas corresponden a autores alemanes. Casi la mitad de estas, a su vez, son de tres colegas cuya ayuda agradece, o del propio autor. El resto son exclusivamente anglo-estadounidenses, dominados –un tercio de las entradas– por un único admirador británico, David Held, de reciente fama debido a Gadafi. Ninguna otra cultura europea figura en esta ingeniosa exhibición de provincianismo.

Más llamativo aún es el tema del ensayo. En 2008, Habermas había atacado el Tratado de Lisboa por no corregir el déficit democrático de la UE, ni ofrecer un horizonte de política moral a la misma. La aprobación del Tratado, escribía, sólo podía «cimentar la enorme fisura existente entre las elites políticas y los ciudadanos», sin aportar una dirección positiva a Europa. Hacía falta, por el contrario, un referendo en toda Europa para dotar a la Unión de armonización social y fiscal, de capacidad militar y –sobre todo– de una presidencia directamente elegida, que pudiera por sí sola salvar al continente de un futuro «establecido de acuerdo con los criterios neoliberales». Señalando lo lejos que estaba de la perspectiva tradicional de Habermas este entusiasmo por una expresión democrática de la voluntad popular que nunca había mostrado ningún signo de apoyar en su propio país[3], comenté

[2] Se puede encontrar un análisis de *Ach, Europa* en *El Nuevo Viejo Mundo,* pp. 520 ss.

[3] La apasionada intervención de Habermas en el referendo francés sobre la Constitución Europea en 2005, advirtiendo de la catástrofe si se rechazaba, fue acompañada por un completo silencio respecto a la ausencia de consulta popular en Alemania, como antes respecto a Maastricht.

que, una vez fuera aprobado el Tratado, Habermas no dudaría, después de todo, en embolsárselo discretamente.

La predicción se quedó corta. Habermas, que no se lo ha embolsado discretamente sino que lo proclama de manera extravagante, ha descubierto ahora que, lejos de cimentar cualquier fisura entre las elites y los ciudadanos, el Tratado es nada menos que la carta de un inaudito paso adelante en la libertad humana, la reproducción de los cimientos de la soberanía europea a un tiempo en los ciudadanos y los pueblos –no los Estados– de la Unión, un luminoso patrón para un futuro parlamento del mundo. La Europa de Lisboa, que lidera el camino en un «proceso civilizador» que pacifica las relaciones entre países, confinando el uso de la fuerza al castigo contra aquellos que quebrantan los derechos humanos, está iluminando una senda desde nuestra actual «comunidad internacional», indispensable pero mejorable, a la «comunidad cosmopolita» de mañana, una Unión ampliada que abarque hasta el último ser del planeta[4]. En tales raptos, lejos de disminuir, el narcisismo de décadas recientes ha alcanzado un nuevo paroxismo. Que el Tratado de Lisboa no hable de los pueblos sino de los estados de Europa; que esté tramado para eludir la voluntad popular, expresada en tres referendos; que la estructura que sacraliza sea objeto de desconfianza entre aquellos sometidos a ella; y que, lejos de ser un refugio para los derechos humanos, la Unión que codifica haya cooperado con la tortura y la ocupación, sin un murmullo de sus ornamentos; todo esto se desvanece en un estupor de autoadmiración.

Ninguna mente independiente puede soportar, como tal, dicho punto de vista. Ahora, cargado de tantos premios europeos como un general brezhnevista de galones, Habermas es sin duda víctima en parte de su propia eminencia: encerrado, como Rawls antes que él, en un mundo mental poblado abrumadoramente por admiradores y seguidores, cada vez menos capaz de abordar posturas alejadas de la suya más de unos cuantos milímetros. A menudo saludado como un sucesor contemporáneo de Kant, corre el riesgo de convertirse en un Leibniz moderno, construyendo con imperturbables eufemismos una teodicea en la que hasta los males de la liberalización financiera contribuyen a las bendiciones del despertar cosmopolita[5], mientras Occidente despeja la senda de la democracia y de los derechos humanos hacia un Edén supremo de legitimidad panhumana. En esa medida, Habermas representa un caso especial, tanto por su distinción como por la corrupción de la misma. Pero el hábito de hablar de Europa como un centro de atracción para el mundo, sin mostrar mucho conocimiento de la vida cultural o política real que se da en ella, no ha desaparecido, y es improbable que se rinda sin más ante las tribulaciones de la moneda común. Contra esto se dirige en buena medida *El Nuevo Viejo Mundo*. Schmitter tendría derecho, si le importase, a trasladarlo a un estante más bajo, marcado con la etiqueta de Polémicas.

---

[4] Jürgen Habermas, *Zur Verfassung Europas,* Fráncfort, 2011, pp. 82-96.

[5] J. Habermas, «La astucia de la razón económica», véase *Zur Verfassung Europas,* cit., p. 77.

Alain Supiot señala otra limitación mayor del libro. Aparte de la extraña adaptación, o falta de adaptación, entre el nivel supranacional y el nacional, está la ausencia de un tratamiento sostenido de Europa oriental. Esto es algo de lo que fui especialmente consciente al diseñar su estructura, ya que dos trabajos anteriores sobre Europa habían girado en torno a la comparación sistemática entre la Europa occidental y la oriental. Me habría gustado, aunque de modo más reducido, conservar parte de ese equilibrio al observar el continente en la actualidad. Razones de espacio y de cobertura existentes me hicieron sentir que era preferible concentrarme sólo en un legado de esa historia anterior: qué ha sido de los restos otomanos en Turquía y Chipre, de los que hay poca conciencia crítica en la Unión Europea actual. La crítica de Supiot es de mayor alcance, sin embargo, que la de una escasez de análisis equivalente sobre los países excomunistas de Europa oriental en *El Nuevo Viejo Mundo*. Se centra en las consecuencias estructurales que la ampliación al Este ha tenido en toda la UE. Indicados al comienzo del libro como una gran transformación futura, los efectos de la expansión no reciben después, como él señala adecuadamente, un tratamiento proporcional. En qué medida ha sido decisiva la aportación de dichos efectos al giro neoliberal de la Unión puede ser debatible, pero no cabe duda de que la ampliación ha avanzado en este sentido. Donde yo introduciría una advertencia es en elidir con demasiada rapidez el neoliberalismo doctrinario adoptado por las elites excomunistas de Europa del Este con el pragmatismo explotador de los gobernantes todavía comunistas de China. Por muy despiadado que sea su trato a los trabajadores, su manejo de los mercados de divisas, inmobiliarios y de capitales, por no hablar de las empresas estatales, sigue siendo distinto, como el crecimiento económico que ha conseguido hasta la fecha.

Pasando a Europa occidental, nuestros juicios difieren en cierta medida en una institución. Supiot considera el Tribunal Constitucional alemán como un bastión de los principios democráticos pasados por alto en otros países de la Unión, sugiriendo que yo tacho equivocadamente su veredicto sobre el Tratado de Lisboa de expresión del nacionalismo alemán. No es así. Habermas y otros han criticado la sentencia del Tribunal con estos argumentos[6], pero yo no comparto su opinión. Yo critico su incongruencia. Si los derechos democráticos son tan irreducibles como en teoría sostiene la sentencia del Tribunal, el Tratado de Lisboa –evidentemente diseñado para burlarse de la voluntad de los votantes franceses y holandeses– no debería haber sido respaldado por la misma. La razón por la que el Tribunal lo aprobó, saludando los principios democráticos con una mano y al mismo tiempo sancionando su desalojo con la otra, era enteramente tradicional: acomodar el *establishment* político actual. Supiot tiene razón al decir que el Tribunal alemán disfruta de mayor autoridad moral y quizá de mayor nivel de cultura jurídica que sus homólogos de otras partes de la UE. Pero el listón que debe superar no es muy alto. La realidad, como muestran muchas

[6] Por ejemplo, Daniel Halberstam y Christoph Möllers, «The German Constitutional Court Says "Ja zu Deutschland"», *German Law Journal,* octubre de 2009, pp. 1241-1258.

de sus sentencias –más recientemente la aprobación de la disolución del Bundestag por Schröder en 2005–, es que sus jueces, todos ellos nombrados por políticos, raramente dudan en inclinarse ante los poderes existentes, siempre que los dos grandes partidos coincidan en un asunto, como en cuanto a la capacidad del canciller para convocar unas elecciones instantáneas fingiendo una moción de censura en la cámara, o la ratificación del Tratado de Lisboa. Sus miembros más sinceros no lo ocultan. Cuando en una ocasión le preguntaron dónde situaría el grado de independencia real del Tribunal alemán –si más cerca del Tribunal Constitucional italiano, famoso por su flexibilidad general, o del Tribunal Supremo estadounidense, capaz de desafiar al ejecutivo– Dieter Grimm, quizá su miembro reciente más destacado, replicó sin dudarlo: mejor que el italiano, pero más cerca de él que del estadounidense. Es improbable que la oligarquía de la UE llegue a encontrar muchos escollos en Karlsruhe.

Mientras que Supiot mira con admiración un tiempo en el que la Comunidad Europea respetaba los principios del Estado del bienestar, Jan-Werner Müller deja de lado cualquier creencia de que hubiese habido una edad de oro de mayor voluntad democrática en sus primeros años. El aislamiento entre las elites y las masas, y la aversión a la soberanía popular, sostiene, no sólo eran intrínsecos al proceso de integración europea desde el comienzo, sino a la propia reconstrucción de los estados-nación del continente en la posguerra. Uno de los principales instrumentos para restringir el ejercicio de la voluntad popular fueron en sí las instituciones que Supiot considera ahora una salvaguardia de la misma: los nuevos tribunales constitucionales, con el propio Bundesverfassungsgericht a la cabeza. Confirmando esto tenemos una serie de prohibiciones y exclusiones políticas, de las que la proscripción del Partido Comunista Alemán con Adenauer o la proclamación del *Radikalenerlass* durante el gobierno de Brandt fueron grandes ejemplos. La era de la «Europa social» fue la época de la Guerra Fría, cuando la batalla contra el comunismo exigía un firme corsé para mantener la democracia enderezada. En las faltas de democracia en las que nominalmente descansa actualmente la Unión hay más continuidad de lo que en general admitimos.

No cabe duda de la fuerza de esta alegación. Pero no es uniforme en todos los miembros de la Comunidad original. La principal prueba aportada por Müller procede de Alemania Occidental, que emergía del nazismo y se enfrentaba a Alemania Oriental en la línea de frente de la Guerra Fría. Allí, la influencia estadounidense siempre fue más fuerte, y los gritos de batalla del mundo libre en su lucha contra el totalitarismo sonaban más altos. En Francia, la Cuarta República no estableció ningún tribunal constitucional, mientras que el PCF era demasiado grande como para que su proscripción fuese factible. No es que se inhibiesen de desatar la represión policial cuando hacía falta: Jules Moch podía igualar a cualquier socialdemócrata alemán en el anticomunismo a ultranza. Pero las limitaciones estructurales a la voluntad popular procedían de un cambio de gobiernos tan constante que el cuerpo permanente de *hauts fonctionnaires* no elegidos podía dominar al

ejecutivo. En Italia, la configuración era distinta. Allí, el PCI estaba flanqueado desde hacía tiempo por un Partido Socialista de masas, y por lo tanto no era posible confinarlo a un gueto, mientras que el intento de la Democracia Cristiana de manipular el sistema electoral –la *legge truffa* de Scelba en 1953– no se vio frustrado por las reservas del Vaticano, sino por la movilización popular de la izquierda. El argumento general de Müller acerca de los orígenes de la integración europea se mantiene. Muchos de los actores políticos que participaron en el Tratado de Roma –Spaak, Hallstein, Mollet, Martino– eran, por supuesto, defensores acérrimos de la Guerra Fría. Pero el detonante del Tratado fue un repliegue respecto a Estados Unidos, no respecto a la Unión Soviética. Fueron las lecciones políticas sacadas por París del rastrillo que Estados Unidos bajó a la Expedición de Suez en 1956 las que abrieron el camino al entendimiento franco-alemán respecto al Mercado Común. El propio Monnet, antepasado de la integración, fue ciertamente una figura ejemplar de los pasillos más que de la tribuna electoral. Pero también estaba notablemente libre de las fijaciones de Guerra Fría propias del periodo, y deseaba una Europa unida que sirviese de equilibrio entre Estados Unidos y Rusia.

Por muy restringidas que estuviesen las democracias de Europa occidental en el periodo de posguerra, disfrutaban de verdaderos partidos de masas y de gobiernos responsables ante los votantes, algo que no ocurre en la UE de los últimos veinte años. Es inconfundible la metamorfosis acaecida desde Maastricht. Müller, resaltando el *Diktat* a Grecia, así lo admite. Su preocupación ante el hecho de que Hungría esté rompiendo de otro modo las normas democráticas es significativa. Este es un proceso, sin embargo, que no empezó con Orbán, sino con su predecesor Gyurcsány, un gobernante excomunista de acuerdo con las especificaciones de Supiot, político favorito de Bruselas en Budapest, cuyos alardes de que había mentido a los votantes para obtener continuamente el poder pusieron en marcha la degradación local del procedimiento político. Y, por supuesto, las regresiones de Hungría tampoco deben compararse con los quebrantamientos de todos los principios de democracia y derechos humanos que se dan en la ocupación militar y en la limpieza étnica de buena parte de Chipre, un país miembro de la Unión sobre cuyo destino no se oye ni una palabra crítica en lo que pueda considerarse una esfera pública europea.

Müller acaba preguntándose si Alemania podría utilizar su poder para reconvertir la UE en una forma a un tiempo más eficaz y más democrática que la actual. La realidad hasta la fecha ha sido la contraria: el régimen de Berlín ha profundizado el desorden y la autocracia del sistema en Bruselas. Para entenderlo, hace falta conocer la dinámica subyacente que se da en la crisis de la Eurozona. Dicho sencillamente, es resultado de la intersección de dos fatalidades independientes. La primera es la implosión general del capital ficticio con el que los mercados de todo el mundo desarrollado se mantuvieron en marcha en el largo ciclo de financiarización que comenzó en la década de 1980, mientras la rentabilidad de la economía real se contraía bajo la presión de la competencia internacional y las

tasas de crecimiento caían de década en década. Los mecanismos de esta desaceleración, interna al propio funcionamiento del capital, le serán familiares a cualquier lector de la obra de Robert Brenner[7]. A su vez, sus consecuencias sobre la enorme expansión de la deuda pública y privada, no solo para apuntalar las tasas de beneficio sino también la elegibilidad política, han sido magistralmente abordadas por Wolfgang Streeck en estas mismos páginas[8]. La economía estadounidense ilustra esta trayectoria con claridad paradigmática, pero su lógica abarca todo el sistema.

En Europa, sin embargo, la reunificación alemana, junto con el diseño de la unión monetaria acordado en Maastricht, seguido por el Pacto de Estabilidad, ambos cortados de acuerdo con las necesidades alemanas, pusieron en marcha otra lógica. Presidiendo la moneda común habría un banco central de concepción hayekiana, que no respondería ante los votantes, ni ante los gobiernos, sino que tendría el objetivo único de alcanzar la estabilidad de precios. Dominando la nueva zona monetaria estaría su mayor economía, ahora ampliada hacia el Este, con un gran reservorio de mano de obra barata al otro lado de la frontera. Los costes de la reunificación fueron elevados y detuvieron el crecimiento alemán. Para recuperarse, el capital alemán aplicó una represión salarial insólita, aceptada por los trabajadores alemanes bajo la amenaza de externalización a Polonia, Eslovaquia o más lejos[9]. A medida que la productividad fabril aumentaba y los costes laborales relativos descendían, las industrias de exportación alemanas se hacían más competitivas que nunca, abarcando una parte creciente de los mercados de la Eurozona. En la periferia de esta, por otro lado, la correspondiente pérdida de competitividad de las economías locales estaba anestesiada por la afluencia de capital barato obtenido a unos tipos de interés que se mantenían prácticamente uniformes en todo el espacio de la unión monetaria, de acuerdo con las prescripciones alemanas.

Cuando la crisis general de sobrefinanciarización desatada en Estados Unidos golpeó a Europa, la credibilidad de esta deuda periférica se hundió, amenazando con provocar una cadena de quiebras estatales. Pero mientras que en Estados Unidos los rescates públicos masivos conseguían evitar el hundimiento de bancos, compañías de seguros y empresas insolventes, y la acuñación de dinero por la Reserva Federal lograba controlar la contracción de la demanda, dos obstáculos impedían esa resolución temporal en la Eurozona. Allí, no sólo los estatutos, consagrados por el Tratado de Maastricht, prohibían expresamente al BCE comprar deuda de los

---

[7] Véase Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence,* Londres y Nueva York, 2006 [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global,* trad. de Juanmari Madariaga, Madrid, Akal, 2009]; y llevando el relato hasta el desplome de 2008, «What is Good for Goldman Sachs is Good for America», artículo para el CESTACH, abril de 2009 [«Lo que es bueno para Goldman Sachs es bueno para América», incluido como prólogo en *La economía de la turbulencia global*].

[8] Wolfgang Streeck, «Las crisis del capitalismo democrático», *NLR* 71 (noviembre-diciembre de 2011).

[9] Respecto a las cifras de los costes salariales alemanes entre 1998 y 2006, y una previsión de su impacto en las economías del sur, véase P. Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo,* cit., p. 66.

países miembros, sino que no había *Schicksalsgemeinschaft* –esa «comunidad de destino» de la nación weberiana– que uniese a gobernantes y gobernados en un orden político común, en la que los primeros pagasen un fuerte precio por olvidarse completamente de las necesidades de los segundos. En el simulacro europeo de federalismo, no podía haber «unión de transferencia» similar a la estadounidense. En cuanto estalló la crisis, la cohesión de la Eurozona no podía proceder del gasto social, sino del dictado político: de la imposición por parte de Alemania, a la cabeza de un bloque de países nórdicos más pequeños, de draconianos programas de austeridad, impensables para sus propios ciudadanos, en la periferia del sur, incapaz ya de recuperar competitividad mediante la devaluación.

Bajo esta presión, los gobiernos de los estados más débiles han caído como naipes. Los mecanismos políticos han variado. En Irlanda, Portugal y España, los regímenes salientes que presidieron el comienzo de la crisis han sido barridos en elecciones que han instalado a sucesores comprometidos con la aplicación de dosis más drásticas de los mismos remedios que antes. En Italia, la erosión interna y la intervención externa se han combinado para reemplazar un gobierno parlamentario por otro tecnocrático, sin recurrir a las urnas. En Grecia, un régimen impuesto por Berlín, París y Bruselas ha reducido el país a una condición que recuerda a Austria en 1922, cuando la Entente –bajo los colores de la Liga de Naciones– envió a Viena un alto comisionado encargado de dirigir la economía a su satisfacción[10]. De manera prácticamente universal, las prescripciones para restablecer la fe de los mercados financieros en la fiabilidad de las intendencias locales incluyen recortes en el gasto social, liberalización de los mercados, privatizaciones de propiedades públicas: el repertorio neoliberal estándar, mezclado con un aumento de la presión fiscal. Para sellar estas condiciones, Berlín y París están en la actualidad decididos a imponer la exigencia del equilibrio presupuestario en la constitución de los diecisiete países de la Eurozona, una idea que en Estados Unidos se considera, desde hace tiempo, santo y seña de la derecha ultramontana.

Las panaceas de 2011 no curarán los males de la Eurozona. Los diferenciales de la deuda pública no van a recuperar los niveles anteriores a la crisis. Y la acumulación de deuda tampoco es exclusivamente pública, ni mucho menos: de acuerdo con algunos cálculos, las deudas no aseguradas de los bancos pueden ascender a 1.300 billones de euros. Los problemas son más profundos, las soluciones, más débiles, y los encargados de aplicarlas, más frágiles de lo que las autoridades están dispuestas admitir. Mientras va

[10] Escogido para la tarea fue el alcalde derechista de Róterdam, Alfred Zimmerman, defensor a ultranza de la supresión de un intento holandés de emular la revolución alemana en noviembre de 1918, que se mantuvo en el cargo hasta 1926. «Criticó incansablemente al gobierno, resaltó sus fallos, exigió cada vez más economías, más sacrificios a todas las clases de la población», y presionó «al gobierno para que estabilizase su presupuesto en un nivel mucho más bajo», asumió la posición de «que mientras no se diese esto, el control debía continuar», Charles Gulick, *Austria from Habsburg to Hitler,* Berkeley, 1948, vol. 1, p. 700.

quedando cada vez más claro que el espectro de los impagos no ha desaparecido, es improbable que los expedientes remendados por Merkel y Sarkozy duren. La alianza entre ellos ha sido, por supuesto, desigual. Alemania, autor de la eurocrisis en mayor medida que cualquier otro país, al mantener un sistema de relajación de capital en el extranjero y represión salarial en el interior, ha sido también el principal ingeniero de los intentos de sofocarla. En ese sentido, ha llegado la hora de una nueva potencia hegemónica europea. Con ella, puntualmente, ha aparecido el primer manifiesto descarado de la primacía alemana en la Unión.

En un importante artículo para *Merkur,* el órgano de opinión intelectual más importante de la República Federal, el jurista de Constanza Christoph Schönberger explica que el tipo de hegemonía que Alemania está destinado a ejercer en Europa no tiene nada en común con el deplorable «lema de un discurso antiimperialista *à la* Gramsci»: debe entenderse en el provechoso sentido constitucional expuesto por Heinrich Triepel, para designar la función de primacía del Estado más poderoso dentro de un sistema federal, como el de Prusia en Alemania en el siglo XIX y comienzos del XX. La UE es uno de esos sistemas: un consorcio esencialmente intergubernamental reunido en el Consejo Europeo, cuyas deliberaciones están necesariamente insonorizadas para la ciudadanía, y que sólo la ciencia ficción podría imaginar que llegase a convertirse en «la flor azul de la democracia, limpia de todos los residuos institucionales terrenos». Pero dado que los países representados en el Consejo son de tamaño y peso enormemente desiguales, no sería realista pensar que pudieran coordinarse entre sí en igualdad de condiciones. Para funcionar, la Unión exige que el país con un orden de magnitud diferente en cuanto a población y riqueza le dé coherencia y dirección. Europa necesita la hegemonía de Alemania, y los alemanes deben olvidar la timidez de ejercerla. Francia, con un arsenal nuclear y un escaño en el Consejo de Seguridad que ahora carecen de importancia, debe ajustar sus pretensiones de manera acorde. Alemania debería tratar Francia como Bismarck trató a Baviera en ese sistema de orden federal, el *Kaiserreich,* tranquilizando al miembro menos importante con concesiones simbólicas y equilibrios burocráticos bajo primacía prusiana[11].

Está por ver si será tan fácil rebajar a Francia a la posición ocupada por Baviera en el Segundo Reich. Con Sarkozy, la analogía podría no parecer tan descabellada, dada la adhesión de París a las prioridades de Berlín.

---

[11] Christoph Schönberger, «Hegemon wider Willen. Zur Stellung Deutschlands in der Europäische Union», *Merkur* 752 (enero de 2012), pp. 1-8, primer número de la revista bajo un nuevo director. La opinión que Bismarck tenía de los bávaros, por supuesto, es famosa: «a medio camino entre un austriaco y un hombre». El inspirador conceptual de la interpretación de Schönberger, el jurista de entreguerras Heinrich Triepel, no sólo era admirador del manejo de Alemania por Bismarck bajo hegemonía prusiana. En 1933, dio la bienvenida a la toma del poder por parte de Hitler, calificándola de «revolución legal», y acabó su libro sobre la hegemonía en 1938 con una apología del Führer como estadista que, al anexionar Austria y los Sudetes, había hecho realidad por fin el viejo sueño alemán de alcanzar un Estado plenamente unificado: *Die Hegemonie. Ein Buch von führenden Staaten,* Stuttgart, 1938, p. 578.

Pero quizá podría encontrarse un mejor paralelo contemporáneo. En estos años, la ansiedad de la clase política francesa por no separarse nunca de los diseños alemanes dentro de la Unión, sino asociarse siempre a ellos, recuerda cada vez más la «relación especial», la desesperada adhesión británica al papel de *aide de camp* de Estados Unidos. Pero podríamos preguntarnos cuánto tiempo es probable que dure esa autosubordinación sin que los franceses reaccionen. Las jactancias por parte del secretario general de la CDU de que «Europa ahora habla alemán» son más una receta para el resentimiento que para la aquiescencia. Es posible que la nueva potencia hegemónica esté ejercitando sus músculos. Pero sigue coja, incapaz de desmantelar una unión monetaria que genera desorden, o de avanzar hacia una unión política en la que tendría que aceptar las transferencias presupuestarias que sus electores rechazan.

Igualmente frágiles son otros componentes del paisaje actual. Es probable que, al prolongarse la crisis, los diques hayekianos del Banco Central Europeo se vean sometidos a la presión creciente de las mareas de deuda. Si las aguas suben mucho más, no es probable que esos diques resistan. Si ninguna autoatribución es más fundamental para la ideología de la Unión que su afirmación de que representa el imperio de la ley, ninguna burocracia ha sido más flexible para encontrar modos de anularla. ¿A quién le sorprendería descubrir gracias a sus abogados que, interpretadas correctamente, las cláusulas del Tratado de Maastricht que, en apariencia, prohíben al Banco comprar deuda soberana, querían decir que –a través, sin duda, de un rodeo decoroso– está obligado a hacerlo?[12].

Y finalmente, los dos regímenes que intentan meter al resto de Europa en el redil de sus planes de estabilización tampoco parecen muy duraderos. En Alemania, Merkel ha perdido unas elecciones regionales tras otras, incluso en el bastión cristianodemócrata más seguro de todos, Baden-Württemberg; mientras que sus socios del FDP están al borde –no por primera vez– de la extinción electoral. En Francia, Sarkozy ha renunciado al voto del Frente Nacional sin recibir compensación en el centro, y en este momento va por detrás del hasta ahora funcionario más blando del Partido Socialista*. Parece haber pocas razones para pensar que el rechazo a los gobernantes del momento, que ha constituido el patrón de todas las elecciones europeas desde

---

[12] Ya hay procedimientos discretamente en funcionamiento, comunica con satisfacción alguien del Banco. «Todo el concepto de eludir las normas europeas y hacer economía cuántica sin llamarla economía cuántica fue extremadamente inteligente», contaba Lucrezia Reichlin –exdirectora de investigación en el BCE– al *Financial Times* el 8 de febrero de 2012, añadiendo que fue idea de Trichet. Con Draghi, los bancos cosechan ahora más beneficios gracias al arraigado respeto italiano por las normas.

* Sin embargo, tras la primera vuelta, celebrada el 22 de abril y en la que la candidata del Frente Nacional, Marine Le Pen, cosechó el 17,90 por 100 de los votos, Sarkozy endureció su discurso en un intento por ganarse al electorado del FN; a la postre, aunque los resultados de la segunda vuelta, celebrada el 6 de mayo, han sido ajustados, el candidato socialista, François Hollande, con cerca del 52 por 100 de los votos, ha sido elegido presidente de la República Francesa. *[N. del E.]*

el colapso de 2008, no se lleve también por delante a este par. Otra cosa es si la vuelta de la socialdemocracia al poder en París y Berlín va a afectar mucho al transcurso de la crisis. Dejada a sí misma, supondría con toda probabilidad poca diferencia; es fácil imaginar a Hollande o a Gabriel llegando al poder de la misma forma que Rajoy, sin una investidura positiva de los votantes, sino por ser la única alternativa a mano. Una turbulencia popular seria, por supuesto, cambiaría las cosas. Por el momento, dicha turbulencia solo ha aflorado en Grecia. En otras partes, las elites todavía no han oído a las masas. Que no hay garantía de que incluso unas dificultades agudas puedan hacer detonar, en lugar de embrutecer, las reacciones populares es algo que nos queda claro con la pasividad rusa ante el catastrófico gobierno de Yeltsin. Pero las poblaciones de la Unión están menos baqueteadas y, si las condiciones se deterioran fuertemente, es probable que su mecha sea más corta. Acechando en el fondo de todos los escenarios está el hecho sombrío de que, aunque la crisis del euro pudiera resolverse sin un duro coste para los más débiles, lo cual es bastante improbable, la contracción subyacente del crecimiento permanecería.

Mirando hacia afuera, sin embargo, hay un área en la que la recuperación del poder por parte de socialdemócratas y verdes podría alterar los cálculos. De los grandes regímenes analizados en *El Nuevo Viejo Mundo,* sólo el de Turquía ha prosperado durante la crisis. Allí, Erdoğan obtuvo un tercer mandato en el verano de 2011, aunque con un voto inferior al de Menderes o Demirel en su momento culminante, apoyándose en un aumento del consumo con fines electorales que es poco probable que se sostenga. Como en el caso de Menderes, cada ampliación del poder ha supuesto un aumento de la represión: *noyautage* de policía y sistema judicial, encarcelamiento de periodistas, apaleamiento de estudiantes y sindicalistas, acusaciones fabricadas contra los opositores, matanza de kurdos con aviones no tripulados. Nada de esto supone una descalificación para la Unión Europea, cuya puerta sigue entreabierta. Antes de la crisis, la partida de escena de Sarkozy y Merkel la habría abierto. Desde entonces, el régimen del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en Ankara, floreciente gracias al crecimiento rápido y al dinero fresco, se ha dirigido a Oriente Próximo como campo más receptivo para sus ambiciones, y adquirido un renovado empaque; no hasta el punto de retirar su candidatura a la UE, pero sí dejándola en un segundo plano, mientras mantiene su nuevo papel de mentor neootomano del mundo árabe, cordialmente animado por Estados Unidos. Todavía está por ver cómo interactuaría la nueva confianza en sí misma de una Turquía convertida en potencia regional con un eje franco-alemán más amistoso, en cuanto estalle la burbuja importadora que ahora hace flotar el crecimiento turco.

Por el momento, al menos, las operaciones de ambos en torno al Mediterráneo convergen en gran medida. El periodo transcurrido desde el comienzo de la crisis ha sido testigo, como se había predicho, del primer ensayo abierto de Europa para el papel de viceimperio en su teatro regional; en consonancia con las expectativas, fue Sarkozy quien tomó la ini-

ciativa[13]. Con la reputación interior desplomándose en las encuestas, y la imagen exterior comprometida por los lazos con las caídas dictaduras de Túnez y Egipto, optó por atacar al homólogo libio de dichas dictaduras para limpiar su hoja de servicios y restablecer su popularidad. Atrayendo a Reino Unido y rechazando a Italia, junto con otros países menores, bajo el pretexto de una autorización de Naciones Unidas, para «proteger la vida de civiles» con «cualquier medio necesario», se lanzó un prolongado ataque aéreo, logísticamente dependiente de Washington, y con Turquía como carroñero que rebusca entre las ruinas[14]. La destrucción del régimen de Gadafi ha sentado un precedente para aventuras más firmes, si se presentase la ocasión. La dinastía alauí de Siria, bajo sanciones conjuntas de la UE y el cerco turco, es la siguiente en la línea de fuego, con el apoyo de los medios y la andanada financiera de Qatar; Irán va después. Las consecuencias de una vuelta a los viejos puntos de apoyo europeos en el norte de África y en Levante para la sociedad interna todavía están por ver. Algunos indicios de las tensiones que podría provocar son ya visibles en las disputas entre Francia e Italia acerca del destino de los inmigrantes del Magreb y el abandono de las normas Schengen. Trípoli y Túnez están más cerca de Roma y París que Ankara o Iskenderun. Es improbable que las orillas meridionales y orientales del Mediterráneo ofrezcan indefinidamente a Europa una buena conciencia a bajo precio.

[13] P. Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo,* cit., pp. 209-210, 551-553.

[14] Respecto a las realidades políticas de la operación libia, y el manto de protección de Naciones Unidas, véase el detallado análisis de Hugh Roberts, «Who Said Gaddafi Had to Go?», *London Review of Books,* 17 de noviembre de 2011.